

JUAN FUERTES GUILLÉN

La agonía de la diosa

Saga Restauración



UNIVERSO
LETRAS 

Nota para el lector

Un 10 % de cada libro electrónico y un euro de cada libro vendido en edición impresa hasta 10 000 ejemplares será destinado a Médicos Sin Fronteras. Esta organización ha sido elegida por Fátima A. G., gran conocedora de conflictos armados y consecuencias humanitarias. El dinero de la donación se destinará para aliviar el sufrimiento ocasionado por la guerra a la población civil siria.

PRIMERA PARTE

La emperatriz Belsia de la casa Ío

Baetal, la capital del imperio, el Ombligo del Mundo, estaba en el lugar más privilegiado de la Tierra, al menos bajo el punto de vista de Belsia.

Las temperaturas no subían de veinticinco grados en verano ni bajaban de quince en invierno. Las lluvias jamás eran torrenciales, la vegetación era abundante y las estaciones se distinguían por las distintas tonalidades de verde. Si la diosa lo permitía, Baetal sería el último lugar del planeta en saber qué son la nieve o la sequía.

Era difícil engalanar una ciudad que ya era hermosa por propio derecho, pero los artífices estaban haciendo un trabajo excepcional para la coronación. En pocos días, Belsia pasaría la corona del imperio a su hija Defia. Su tiempo como emperatriz había sido efímero, pero nadie habría podido sospechar que su esposo moriría tan pronto a pesar de su afición a las drogas recreativas y su amor desmedido por la comida.

Dedicó unos momentos para recordar al difunto emperador Dorio, el décimo de su nombre en la línea dinástica de la casa Gravia. Aún le habría faltado casi todo un año para cumplir los cincuenta, pero su cuerpo acusaba un envejecimiento bastante mayor gracias a una vida de excesos. De sus dos años en el trono, lo único que dejaría para la memoria eran los planos inconclusos de la ampliación de la Ciudad Prohibida.

«¡Por Cresia, qué vida tan inútil!», pensó.

Sonrió interiormente. Era curioso cómo funciona la mente humana. De todos los dioses y diosas, había elegido instintivamente a la diosa de la venganza.

Dorio X Gravia se había criado en un ambiente de severidad opresiva. Su casa era la que representaba el dedo corazón de la Mano de la Diosa, cuyo lema era «Defensores autem per fidem», defensores de la fe. Hasta que se casaron, su vida había estado sometida a la observancia religiosa más estricta.

Una niñez en el seno de la casa Gravia debía ser atroz. Palacios y mansiones austeros, lúgubres y silenciosos. Capillas eternamente en penumbra, rezos y sacrificios constantes, susurros culpables en vez de juegos ruidosos de esos que permiten a los niños gastar los excesos de energía y abonar la creatividad.

Cuando tuvieron a su primera hija, la confianza de saber que llegaría a ocupar el trono, gracias a haber asegurado la descendencia por vía matrilineal, le abrió la veda a Dorio para comportarse como un adolescente. Se dedicó a probar todos y cada uno de los placeres que le habían sido negados en el pasado. Resarcirse de la continencia a la que había sido obligado le llevó hasta la tumba.

Belsia se lo había advertido por primera vez hacía años, tras una de las raras ocasiones en que hacían el amor desde el nacimiento de su tercera hija:

—Dorio, querido, la corte habla de tus desmanes. Tal vez deberías plantearte que el refinamiento está en la dosificación de los placeres. Si sigues comiendo y bebiendo la vida como si fuera un banquete interminable, nadie te respetará como emperador cuando muera mi padre.

Dorio metía un pie en la pernera de los pantalones haciendo equilibrios sobre el otro pie y apoyando el hombro contra el poste de la cama que crujió bajo su peso. La miró con aprecio y una gran sonrisa inocente se le dibujó en la cara bonachona. Belsia era esbelta y bella a pesar de haber pasado ya la treintena. Su matrimonio por razón de Estado le había forzado a convivir con ella de por vida. Pero la obliga-

ción había resultado ser más agradable de lo que esperaba y, sin amarla, había llegado a tomarle un sincero cariño.

—Exactamente, mi señora —le gustaba llamarla así, se había convertido en su apelativo cariñoso—. ¿De qué sirve ser heredero al trono y tener control sobre la tierra entera si, en realidad, hay que dosificar esa abundancia como si fuera a acabar mañana? —contestó con tanta naturalidad y tan convencido que Belsia no tuvo ánimo para contrariarle. De hecho, un cariño sincero, mezclado con un instinto maternal desbordante, la puso en movimiento. Sin poder contenerse, saltó de la cama para rodear el cuerpo de Dorio con los brazos y apretarlo fuerte contra el suyo. En ocasiones, tenía esos arranques de afecto que se convertían en un suplicio por su deber de reprimirlos en público. Así que aprovechaba para dar rienda suelta y expresarlos físicamente cada vez que tenía oportunidad.

—Dorio, mi cariño y mi señor, la abundancia del mundo acabará mañana si no hacemos algo para remediarlo —le dijo al oído.

—Del mañana nos ocuparemos cuando llegue, querida. Hoy, tenemos que seguir enriqueciendo a nuestros nobles, aunque eso signifique que a sus descendientes no les quede mundo que explotar. —La apretó un poco más contra su corpachón y se deshizo del abrazo para rendir su homenaje personal al copioso desayuno que le esperaba.

Belsia volvió al momento presente, contemplaba el amanecer en el horizonte desde una de las terrazas altas del palacio de la emperatriz. Allí arriba, podía ver el trazado de la Ciudad Prohibida. El templo principal, con la Cámara del Corazón de la Diosa y las capillas y templos dedicados a cada deidad menor; el palacio del emperador, los palacetes imperiales; el palacio del imperio donde estaban los despachos gubernamentales; estancias de sirvientes; canales, puentes, jardines, torres de distintas alturas..., sí que merecía el nombre. La ciudad prohibida era una ciudad gestada dentro de la ciudad. Situada en el centro de Baetal, su existencia daba vida a la capital, a pesar del aislamiento provisto por la muralla que la preservaba del contacto directo con el mundo.

El palacio empezó a despertar.

El silencio de la noche se quebraba con los primeros rayos de sol. En la quietud absoluta, los ruidos provenientes de las cocinas viajaban sin distorsión. Pronto los criados se afanarían por todas partes para que la vida de palacio se reanudara sin interferencias.

Se recordó a sí misma que ya habían pasado once meses y dos semanas desde la muerte de Dorio X. Solo quedaban dos semanas más para la coronación de la siguiente emperatriz.

Durante un año, Belsia había tomado las riendas del imperio según marcaba la tradición. Defia, su primogénita, pasaría la prueba de la transmigración de la diosa y continuaría su linaje en el trono como única regente hasta la coronación de su esposo seis meses más tarde.

Respiró hondo y bajó a su gabinete. Era una habitación no muy grande que estaba comunicada con el salón. En ella, se reunía con personas de confianza. Allí se sentía arropada y en control. Necesitaba pasar un tiempo entre esas paredes antes de ir a despachar sobre los asuntos de gobierno.

El imperio había vivido, como mucho, poco más de doscientos años de paz, sumando todos los periodos entreguerras desde que la emperatriz Hitoi ordenó el comienzo de los registros imperiales.

El último conflicto de media intensidad estaba erosionando el dominio que el imperio había conseguido sobre la totalidad del planeta. En ochocientos años ininterrumpidos de guerra de guerrillas, los restauracionistas habían debilitado el control imperial del territorio en grandes extensiones, muchas de ellas densamente pobladas.

Habían dado en llamar al conflicto la Tercera Rebelión de los Relapsos. Durante los últimos reinados, los emperadores sucesivos no habían puesto gran interés en sofocar por completo la rebelión, habían asumido que el coste de las ofensivas, tanto en términos económicos como en vidas humanas, era excesivo y, además, la existencia de los enfrentamientos armados daba pingües beneficios si se manejaba adecuadamente.

Con el ascenso al trono de su yerno, la belicosidad estaba asegurada ya que era el turno de la casa Extens. El temor de Belsia era que el

recrudescimiento de las ofensivas contra los insurgentes y los daños a la población civil se verían multiplicados.

«Pierdo mi objetivo con la angustia de la anticipación —pensó—. Necesito centrarme en la estrategia de diálogo con la restauración, no en la brutalidad que está por caer sobre ellos».

Tras reprenderse a sí misma de esta forma, retomó los informes de sus espías personales a cargo de recopilar información sobre los rebeldes. Los había hecho trabajar aislados de los Servicios Imperiales de Inteligencia, no podía permitir que sus avances llegaran al conocimiento de la bestia que ocuparía el trono vacante.

Los restauracionistas atacan Mer'r

Situado en una casucha de las afueras, el ambiente del centro de mando de los restauracionistas para la operación en curso era denso. Siempre se sentía aprensión antes de un combate.

A pesar de la pérdida efectiva de control imperial sobre el territorio, las fuerzas de la Tercera Rebelión de los Relapsos debían seguir ocultándose fuera de las poblaciones y evitar campamentos permanentes donde podían ser claramente identificados y sitiados.

Habían pasado muchos reinados desde los disturbios que fueron sofocados por el emperador Larcos Gravia. En la pequeña ciudad de Duitar, la gran hambruna del sur había causado la muerte de casi el veinte por ciento de los pobladores. El territorio estaba bajo control de la casa Krono.

La escasez se había agudizado por una disputa territorial a miles de kilómetros de Duitar con la casa Ío. La hostilidad creciente durante las negociaciones entre ambas casas llevó a un embargo comercial. Los nobles de la casa Ío no dudaron en suspender los envíos de alimentos básicos en el periodo de mayor necesidad.

Diez mil duitaros se alzaron en armas, convencidos de que preferían morir luchando por sus familias a consumirse lentamente por

inanición. No eran una gran amenaza, ya que no disponían de auténticos arsenales y sus ataques no pasaban de disturbios en los que quemaban mobiliario urbano, intentaban con algún éxito apuñalar a los agentes de dispersión y lanzaban piedras a los vehículos oficiales. La casa Krono pidió al emperador una misión de asistencia alimentaria para suprimir las revueltas que amenazaban con debilitar aún más su posición negociadora frente a los Ío.

Una vez controlada la situación. Cuando los duitaros habían reaprovisionado sus despensas y depuesto las armas, el emperador Larcos mandó pasar a cuchillo a todos los que habían participado directa o indirectamente en los enfrentamientos. Los verdugos imperiales recibieron la orden de utilizar machetes en vez de armas automáticas con el fin de aumentar el terror de las víctimas y el sufrimiento de sus familias. Las ejecuciones duraron desde el amanecer hasta la caída del sol.

En vez de envolver el genocidio en una nube de olvido y negar el crimen cometido, Larcos ordenó que la noticia de las ejecuciones se difundiera en grandes titulares por todo el imperio para escarmentar a aquellos que pensarán en repetir la experiencia de echar un pulso violento al orden establecido.

Suil Hedo se había unido a las tropas rebeldes en su adolescencia porque le habían enseñado que la doctrina religiosa antes del imperio no justificaba la división social en castas. Su carrera hacia los puestos de responsabilidad no había sido rápida, pero sí había sido progresiva a medida que fue adquiriendo experiencia en los combates y las escaramuzas.

Ese día, había reunido a los comandantes del frente de los Mártires del Cuchillo para revisar los últimos detalles y el plan de acción. Habían preparado concienzudamente el ataque al monasterio de Mer'r, centro neurálgico de los juicios de fe que aterrorizaban a las gentes de la región.

El frente de los Mártires, que había sido creado en conmemoración de las víctimas duitaras, había extendido progresivamente su ámbito geográfico a lo largo de los últimos trescientos años de conflicto. Mer'r

era una capital de provincia gobernada por los Gravía y se encontraba a escasos novecientos kilómetros al sur del Ombligo del Mundo. Traspasar la barrera psicológica de los mil kilómetros tenía un impacto global, aumentando la moral de todos los frentes de relapsos presentes ya en todos y cada uno de los continentes.

Las cejas excesivamente pobladas y el nacimiento del pelo casi en medio de la frente hacían que Suil pareciera un hombre tosco y poco inteligente. Sin embargo, su mente era una de las más brillantes de los comandos restauracionistas. Se dirigió a sus hombres con voz firme y bien timbrada.

—Lorr, Marrín y Korca están infiltrados en el distribuidor de energía de la ciudad. ¿Cómo van los posicionamientos de unidades en los puntos estratégicos? —preguntó.

—Tenemos capacidad de neutralizar al enemigo con un mínimo derramamiento de sangre. Mi unidad supera en cinco a uno a los efectivos militares del imperio y ya están distribuidos en los puntos de reunión alrededor de los barracones —al tiempo que hablaba, Ranko inclinó el torso de musculatura hipertrófica y señaló sobre el mapa los lugares del perímetro militar a los que se refería

—Los míos también están preparados —Olan tomó la palabra tras su compañero—. Según demos la orden de proceder, meterán en las celdas de las estaciones de control ciudadano a los comisarios de policía y mandos intermedios que no nos son afectos. Tras el golpe, serán despachados por tierra en dirección a la ciudad más próxima bajo control del gobierno. Por supuesto, no habrán sufrido daño alguno, eso debilitará el impacto de la campaña imperial que nos hace aparecer como terroristas sanguinarios ante la opinión pública.

Olan el Guapo estaba encargado del reclutamiento. Sus tentáculos se extendían por toda la región. En el caso de Mer'r, había apostado por ejercer una presión enorme sobre las fuerzas de seguridad: una gran cantidad de agentes estaba convencida de la bondad de la causa y la mayoría de los demás eran fácilmente controlables porque eran conscientes del amplísimo apoyo de la población al movimiento de la restauración.

El tercer comandante en intervenir fue Porin, un hombre enjuto de rasgos terriblemente desagradables que, de modo inexplicable, inspiraba temor y devoción a partes iguales entre los operativos de combate. Generalmente, se le encargaban las secciones destacadas para los enfrentamientos más agresivos. Suil siempre lo elegía para la acción directa porque no quería que el carácter violento de Porin se acumulara en una bomba de presión que acabase por estallar incontrolada. Era mejor que pudiera canalizar esa energía de forma útil.

—Las sacerdotisas de la Orden de la Noche están en la fiesta del solsticio de invierno en sus conventos de origen. —Sonrió con una mueca de desprecio que mostraba sus diminutos dientes desiguales—. Aun así, las fuerzas de choque están protegidas contra las posibles defensas psíquicas. La Guardia del Oficio para la Doctrina del Santo Origen está armada hasta los dientes como es habitual, pero el asalto empezará con la voladura de la armería y esperamos que se confirme nuestra previsión de que tengan que rendirse rápido a falta de munición —había un deje de decepción en la voz de Porin. Él hubiera deseado una previsión menos optimista y mucho más sangrienta, pero Mer'r era una ciudad que simpatizaba demasiado con el movimiento de los Mártires del Cuchillo y debían evitar a toda costa perder el apoyo popular con una carnicería.

—Tendrás diversión tras la toma del monasterio, Porin. Tú te encargarás del paseo de honor del inquisidor general. —Todos rieron la chanza de Suil—. Jayno, ¿hay alguna novedad en intendencia, apoyo médico o plan de evacuación que debamos saber?

—Sin novedad, todo listo sin cambios ni incidencias. —Jayno era el más apreciado de los comandantes, siempre risueño, era un amante de la sensualidad en el sentido más amplio. De todos los rebeldes del frente, Jayno era el que con más frecuencia se acercaba a los conciertos populares o cualquier otro espectáculo que alimentara sus sentidos aprovechando que, vestido de civil, hacía reconocimientos sobre el terreno para calcular las provisiones que necesitarían en intendencia. Tenía un ojo especial para hacer proyecciones de todo tipo, número de víctimas en

cada bando, daños colaterales, velocidades estimadas de retirada de efectivos...—. Os alegrará saber que —continuó—, si no hay sorpresas de último momento, se confirma que el botín del monasterio será suficiente para compensar a damnificados civiles y mantener nuestras operaciones durante un mínimo de seis meses, sin recurrir a aportaciones de las zonas liberadas en nuestra área de influencia.

—Adelante entonces —concluyó Suil—. Cada uno a su puesto. Empezamos a las diez en punto. Manteneos en contacto, la coordinación debe hacerse al segundo. Recordadlo, las bajas deben ser exclusivamente militares, debéis mantener a los civiles alejados de las zonas de peligro para ellos. Los sacerdotes han de ser respetados escrupulosamente una vez que sean neutralizados. Si se produce alguna agresión contra ellos, debe limitarse a lo que la población civil pueda hacerles durante el paseo de honor. Aun así, procurad que no les tiren piedras y que se limiten, en la medida de lo posible, a silbidos y abucheos.

Los saboteadores ya estaban en el centro neurálgico del sistema de energía de la ciudad. Un soborno bien emplazado, un colaborador y dos guardias de seguridad a los que habían dejado inconscientes durante la infiltración habían facilitado el camino. Habían metido a los vigilantes bien atados en la sala de control cuando escucharon un ruido en el pasillo.

Les dio el tiempo justo para terminar de vestirse. El visitante inesperado encontró a Marrín y Korca uniformados como oficiales de seguridad. El extraño se dirigió a ellos.

—¿Dónde está Turt? —dirigió su pregunta a los supuestos guardias mientras miraba con suspicacia a Lorr, que llevaba uniforme de técnico de reparaciones.

—En la enfermería. Una intoxicación alimentaria. Nos ha dejado a cargo de vigilar al técnico que viene a revisar el sistema —contestó Marrín con tono displicente.

Lorr, sin dejar de mirar las pantallas, comentó con sorna:

—Se habrá intoxicado con una bombona de metano, porque se ha tirado el pedo más estruendoso que he oído en toda mi vida.

Marrín y Korca se rieron hasta las lágrimas. El funcionario no sabía si amonestarlos por su falta de empatía o reír con ellos. La hilaridad de los supuestos guardias y lo ridículo de la situación hacían difícil mantener la seriedad.

Lo absurdo del diálogo hizo que el visitante perdiera el foco y desviara su atención del hecho de encontrarse ante una situación completamente inhabitual en la que no reconocía a ninguno de los presentes como trabajadores del centro.

—Cuando vuelva, decídele que Eifas ha venido a verlo. —Saludó con una inclinación de cabeza y salió intentando dar la apariencia de persona importante.

—Da igual cuántas veces usemos la historia del cuesco tronante, siempre funciona —comentó Korca cuando Elfás se había alejado lo suficiente como para no poder oírlos.

—No estaba mirándole cuando se ha marchado. ¿Qué le ha distraído de las sospechas al vernos aquí dentro? ¿La vergüenza ajena o la risa por la desgracia del prójimo? —preguntó Lorr haciendo gala de un humor excelente mientras se afanaba con los teclados.

Pocos minutos después, recibía la orden de cortar el suministro de energía a la ciudad.

El perímetro de la guarnición militar de la ciudad parecía desierto cuando las luces se apagaron. Los rebeldes asignados al ataque de los barracones se quitaron las ropas que enmascaraban uniformes y armas, tomaron posiciones y lanzaron granadas incendiarias a los materiales inflamables que estaban acumulados cerca de los puntos de ataque. Las alarmas no sonaron, porque Korca las había desconectado del equipo de emergencia que se ponía en marcha al producirse un corte en el suministro de energía.

El coronel de la guarnición de Mer'r se deleitaba con una copa de vino de la Gran Costa para relajarse tras el fin de la jornada. Al oír los gritos de los soldados alertando de los incendios, supo instintivamente que el fuego no era más que la distracción para un ataque. El tiempo que tardó en encontrar los comunicadores para organizar la defensa

bastó para que los enemigos cortaran o partieran el cuello de los que hacían guardia en las garitas del muro.

Incapaz de coordinar eficazmente a los hombres bajo su mando sin tener información visual, el comandante imperial se encomendó a Zepla, el Escorpión, y salió al descubierto para evaluar la situación. Era exactamente lo que un francotirador de los Mártires del Cuchillo estaba esperando. El coronel aún no había visto las primeras llamas cuando un proyectil le atravesó la cabeza limpiamente.

Las tropas imperiales demostraron tener una disciplina deficiente. La maniobra de distracción y la falta de líder provocaron un desconcierto absoluto. No supieron organizarse en grupos de defensa aprovechando la cobertura que proporcionaban los parapetos del campo de entrenamiento. Rápidamente fueron cayendo, muertos o fuera de combate por las heridas.

Simultáneamente, Porin y sus hombres entraban en el monasterio a través del oratorio dedicado a Bumat, dios de la verdad. Una puerta secreta en la sala de los sacerdotes, adyacente a la estatua del dios, daba acceso directo al interior del monasterio.

Era posible que los propios habitantes del monasterio desconocieran ese acceso. Un miembro del Estado Mayor de los relapsos lo había encontrado en unos planos antiquísimos durante un trabajo de investigación sobre la arquitectura religiosa en el segundo ciclo imperial, cuando la corona de emperador recayó de nuevo en la casa que la había ostentado cinco reinados antes.

El estudioso había comenzado a analizar las construcciones del imperio Gravia en el año doscientos treinta y siete después de Hitoi. Los planos que había desenterrado de lo más profundo de los archivos le mostraron que la gran mole que se alzaba hoy en Mer'r era un prodigio de la construcción de aquella época. Desde el exterior solo se veía un octógono perfecto que se alzaba a una altura de veinte metros. Estaba construido en piedra y los sillares habían sido unidos con tanta perfección que no se distinguían las juntas. Daba la sensación de ser una colina de roca maciza desbastada hasta lograr un monolito de di-

mensiones titánicas. La ausencia total de ventanas exteriores reforzaba esa percepción. Las inscripciones, labrados y pinturas de las fachadas daban una falsa impresión de ligereza.

Obviamente, el templo había sido concebido con una doble intención. Por un lado, era un lugar de clausura para la vida contemplativa. Por el otro, se trataba de una fortaleza inexpugnable cuya única entrada conocida era un largo túnel plagado de trampillas desde las que se podían disparar dardos mortíferos y verter fuego líquido o ácidos.

La boca interior del túnel se abría directamente en el claustro, que cumplía la función de distribuidor, lo que descartaba que fuera utilizado como lugar de contemplación. En su lugar, monjes y sacerdotes meditaban mirando desde los arcos apuntados de cada piso a la fachada que les quedara enfrente. Cada milímetro de superficie estaba cubierto de figuras alegóricas policromadas. La profusión abrumadora de formas y colores confundían la mente consciente y tras pocos minutos de contemplación, la saturación visual obligaba a girar el ojo interior hacia las profundidades del subconsciente. Una vez conseguido ese estado alterado de conciencia, el alma de los religiosos debía encontrar lo que llamaban el lago de la quietud. Sumergiéndose en ellas, se sumergían en el éxtasis del mundo divino.

El único lugar destinado al culto público era la pequeña capilla de Bumat a la que se accedía por un estrecho vano sin puerta en forma de hendidura, como si se tratara de una fisura natural que penetrara en la roca y condujera a una pequeña gruta donde se hubiera improvisado un oratorio.

La maniobra de infiltración en el edificio se debía hacer con el mayor sigilo. La Guardia del Oficio que guarnecía el interior era numerosa. Los juicios de fe no eran populares, y el rencor acumulado contra los inquisidores de Mer'r hacía necesario un número importante de hombres de armas para disuadir posibles intentos de venganza.

—El mecanismo de la puerta está atascado.

Porin se acercó para comprobarlo por sí mismo.